

DIANE VAN DEREN

Jose Dávila
Gonzalo Lebrija
Augusto Marban
Livia Marín
Fernando Palomar
Alejandra Prieto
Francisca Sánchez
Johanna Unzueta



LARGA VIDA A LOS LIBREPENSADORES | Entre el 28 de mayo y el 30 de junio se exhibe en Galería Gabriela Mistral una exposición titulada *Diane Van Deren*: cuatro artistas chilenas —Johanna Unzueta, Alejandra Prieto, Francisca Sánchez y Livia Marín— y cuatro artistas mexicanos —Jose Dávila, Gonzalo Lebrija, Augusto Marban y Fernando Palomar— seleccionados por el artista y curador Cristián Silva.

Invitamos a Cristián con el encargo de revisar y proponer una exposición que hablara de las inquietudes o búsquedas artísticas características de la década entre el 2000 y el 2010.

Lo hicimos pensando en el marco de la celebración del vigesimoquinto aniversario de la Galería Gabriela Mistral, con la idea de revisar la trayectoria de la galería por medio de las exposiciones propuestas para este año. Son 25 años que, a mi juicio, reflejan lo que ocurre cuando existe una narrativa compartida, una historia de arraigo, una relación exitosa de generoso y empático intercambio entre la comunidad artística, la sociedad civil y el Estado.

Ha sido el Estado el que ha hecho posible la existencia de este espacio de exhibición, divulgación e investigación de las artes visuales nacionales, financiando y permitiendo que esta política se haya mantenido por los 25 años que cumple la Galería Gabriela Mistral este año 2015.



FÓSFORO (CERILLO)
Johanna Unzueta
2011
8mm transferido a DVD
2:40 min en loop





DIBUJOS

Johanna Unzueta
2014-2015



ENERO-FEBRERO 2015 NY

Johanna Unzueta
2015
Lápiz pastel, lápiz acuarela, y grafito
sobre papel (azul, negro, grafito)
55 x 107 cm

NOMAD PATTERNS

Livia Marín
2012

Cerámica, resina, impresión
de transferencia, barniz
17 x 19 x 89 cm



DETENIMIENTO

Francisca Sánchez
2010
Madera aglomerada
100 x 30 x 8 cm.

**ROCAS**

Francisca Sánchez
2010
Collage y cartón



SIN TÍTULO

Jose Dávila

2015

Pintura aerosol,

objetos encontrados

450 x 400 x 43 cm





WHO KNOWS WHERE TIME GOES
Gonzalo Lebrija
2013
Video
5:11 min



**LA VIDA NO VALE NADA**

Gonzalo Lebrija

2014

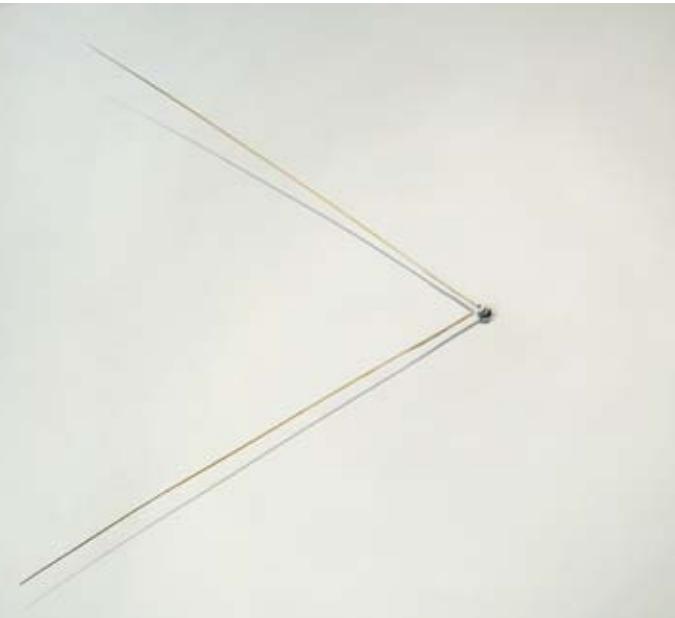
Mecanismo de reloj
(puerto a la hora de México),
dos agujas de escoba mexicana.
3 x 50 cm de diámetro aprox

LAS CHILCAS

Francisca Sánchez

2015

Piedra, collage, madera
25 x 32 x 22 cm

**AIR CLASSIC**

Alejandra Prieto

2009

Carbón, cobre, hierro
35 x 15 x 15 cm.



CUERDAS PARA SALIR DEL HOYO

Francisca Sánchez
2015
Soga y alambre
33 x 29 x 11 cm

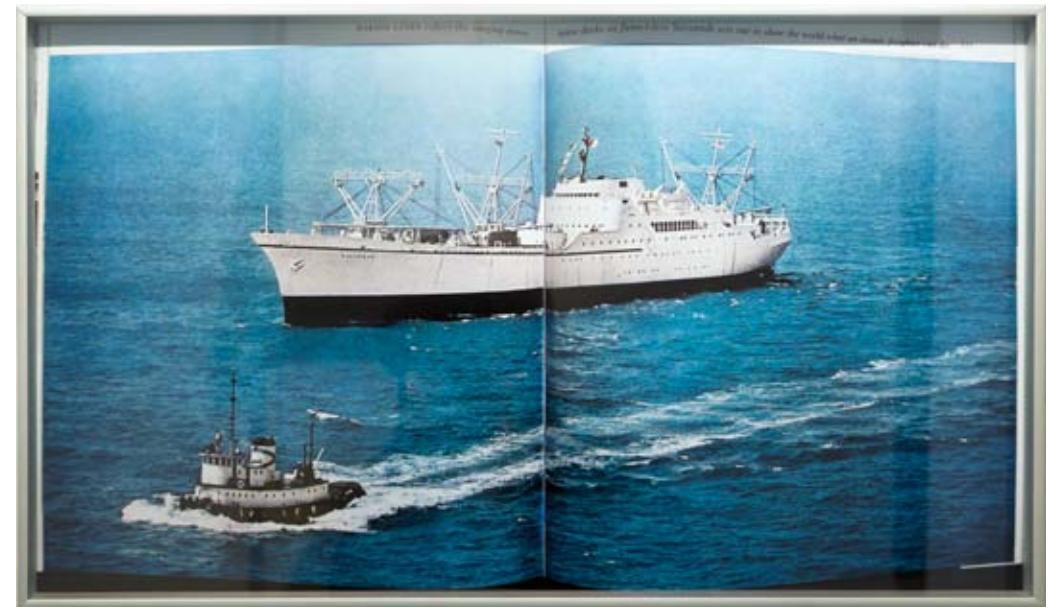
ESPEJO CÓNCAVO DE CARBÓN

Alejandra Prieto
2015
Carbón mineral
65 x 65 x 9 cm



MERCANTE ATÓMICO

Fernando Palomar
2007
Impresión digital
60 x 34.5 cm





ESFUERZO COMÚN

Jose Dávila
2015
Piedra, vidrio, cinchos
190 x 130 x 65 cm





MITAD BLANCO, MITAD NEGRO

Francisca Sánchez

2010

Madera aglomerada, pintura

75 x 50 x 10 cm.



DOS CINTAS PORNO

Fernando Palomar

2000

Dos trozos de película super 8

Dimensiones variables



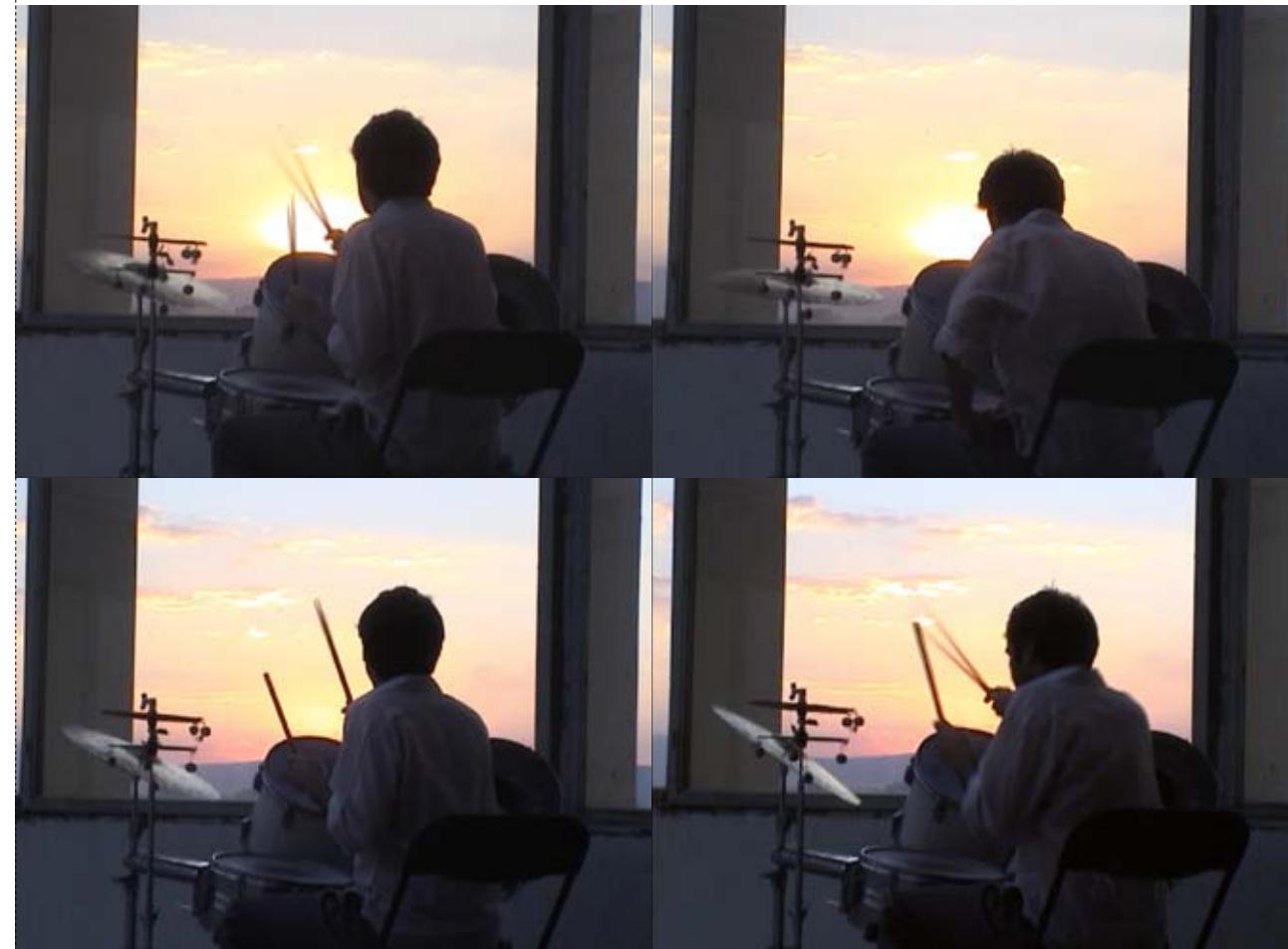
MATCHES / CERILLOS / FÓSFOROS

Johanna Unzueta

2012-2015

Fielro, hilo costura.

Dimensiones variables



HÄFFNER FINALE (STILL)

Fernando Palomar

2008

Video.

4.00 min



UNA COPIA ES UN META-ORIGINAL
Serie (fig. 21, 24, 52, 161)
Jose Dávila
2015
Vinil sobre impresión calidad archivo
Medidas variables

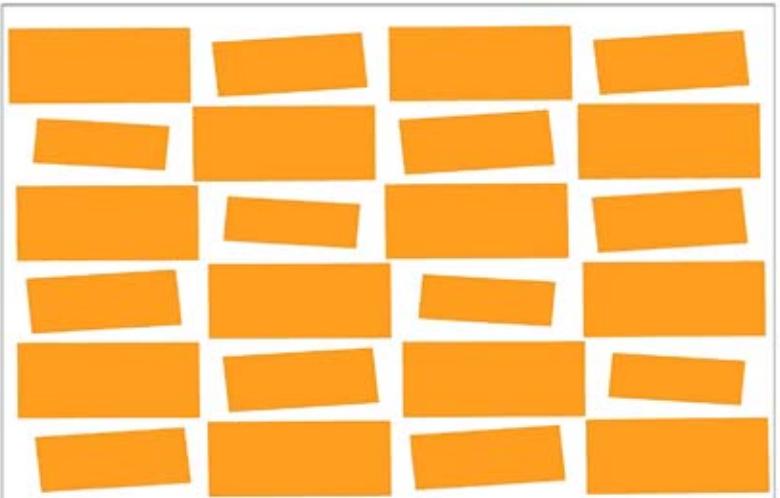


FIG. 21.—Un confundido grupo de caballos, asnos, bueyes y marmas, pintados e incisos a lo largo de diferentes períodos. El dibujo inferior presenta la apariencia general del grupo, mientras que el superior muestra sólo las líneas que han sido incisas. Algunos de los bueyes son poligonados, otros son de color negro. La longitud total es de unos 450 cm.





DEUTSCHE GRAMMOPHON
Fernando Palomar
2006
Pintura sobre muro
300 x 150 cm



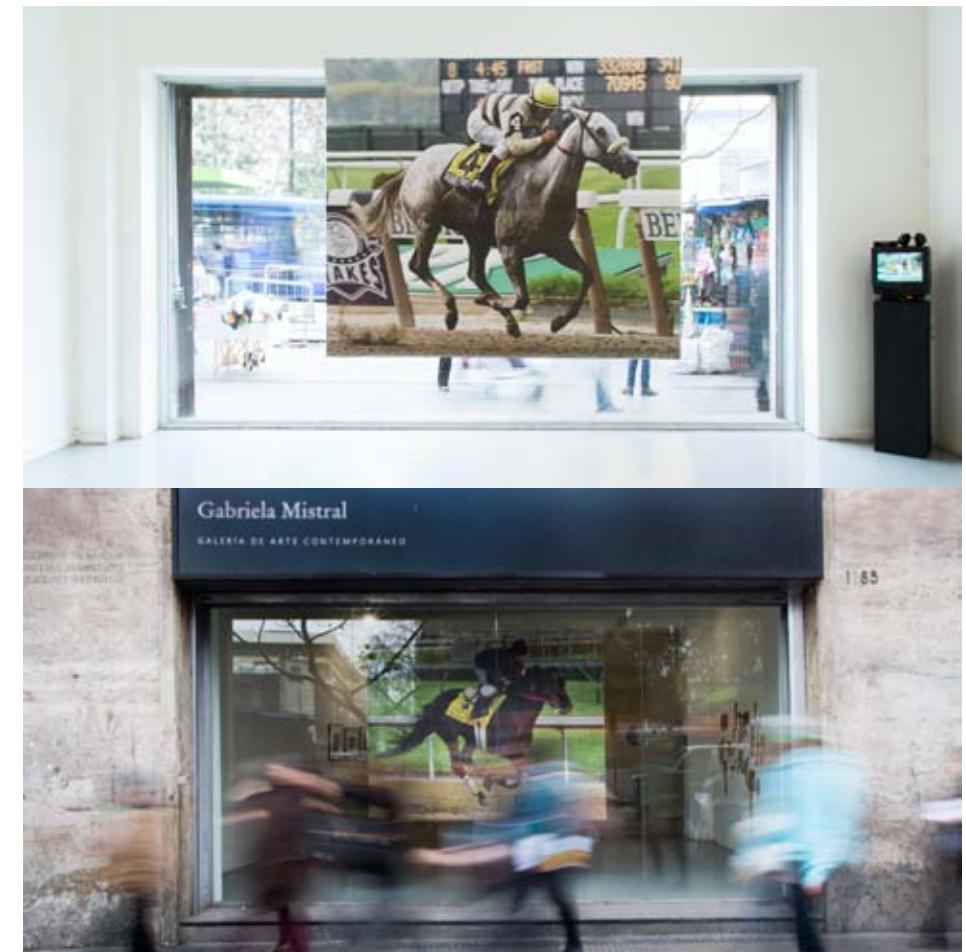
THE DISTANCE BETWEEN YOU AND I
Gonzalo Lebrija
2009
Impresión digital
31 x 25 cm

CERO
Augusto Marban
2003
Video
1:26 min





CHRYSALES (Crisálidas)
Livia Marín
Látex, 34 piezas
Dimensiones variables



DE LA SERIE
CABALLO EN EL AIRE
(1 y 4)
Gonzalo Lebrija
2004
Impresión digital
200 x 250 cm cada una

TRAMPA PARA TIGRES

Augusto Marban

2005

Mujer acostada, tela, plinto

200 x 60 x 80 cm





CHIMENEA
Francisca Sánchez
2010
Lápiz color sobre cartón
y collage
13,5 x 18,5 cm

LÍNEA DEL TIEMPO | De mi infancia conservo pocos y más bien vagos recuerdos. Sin embargo, una de las escenas que ha permanecido indeleble en mi memoria guarda relación con las visitas que hacíamos a fines de los años setenta a mi hermana Verónica, quien en ese entonces vivía su exilio en la periferia de París (mientras junto a parte de mi familia residíamos en un pueblito en medio de Holanda).

El viaje, que duraba varias horas en el pequeño auto de mi padre, concluía con la llegada al suburbio llamado Anthony, donde mi hermana, su pareja y amigos vivían en unos blocks para inmigrantes provenientes de todos los continentes, varios de ellos refugiados políticos.

De ese entonces me acompaña el recuerdo de lo que en ese momento se celebraba como un acontecimiento milagroso: cuando un teléfono público del barrio se descomponía, y se podía realizar desde ahí llamadas de larga distancia sin costo. La buena noticia se propagaba rápidamente de voz en voz, y la imagen de la cabina y su larga fila de personas –de todas las razas, edades y actitudes, murmurando en todos los idiomas imaginables, aguardando pacientemente su turno, a veces hasta altas horas de la madrugada– constituía un espectáculo tan inquietante como emotivo.

Alguna vez, siendo niño, me tocó integrar esa fila, seguramente con la intención de mis padres de inculcarme algún sentido de pertenencia, para que en un instante los miles de kilómetros que nos separaban de nuestros parientes en Chile se redujesen a pocos centímetros.

Este recuerdo volvió a reflotar en el año 2000, a partir de una invitación que recibí para participar en una muestra colectiva en un museo de París. En esa ocasión le propuse al curador aprovechar la coincidencia de lugar e intentar recrear una situación similar: en las afueras del recinto habría un teléfono público “arreglado”, de manera que desde ahí se pudiese efectuar llamadas internacionales gratis (asunto que sería anunciado por medio de afiches callejeros). Los transeúntes podrían usarlo ilimitadamente con una condición: que sus conversaciones fuesen transmitidas a bajo volumen por parlantes ubicados al interior del museo.

Finalmente, la propuesta nunca llegó a concretarse. Entre otras varias razones, debido su obsolescencia práctica: para mi desconocimiento, por esos años en Europa los servicios de telefonía habían progresado muchísimo, y además internet ya se encontraba en pleno funcionamiento.

De todos modos, a fines de ese mismo año 2000 tuve la oportunidad de curar una exposición colectiva en la Galería Gabriela Mistral, proyecto cuyas premisas estuvieron inevitablemente influidas por la misma idea. Más bien, por la toma de conciencia de que en ese modesto episodio del “teléfono público descompuesto” estaban contenidos varios asuntos, muy diversos, que me

resultaban –y resultan hasta el día de hoy– esenciales para mi actividad como artista: el cruce aleatorio entre las nociones de afecto, adversidad, azar, descalce, extrañamiento, fragilidad, ideología, incertidumbre, ingenio, magia y migración.

En aquella ocasión la muestra se tituló “Espacio – Tiempo”¹, y los artistas participantes intentamos, por medio de los más diversos dispositivos y procedimientos, movilizar fuerzas menores y mayores, activar una dimensión transcendente del cotidiano y forjar una poética de lo doméstico que fuese a la vez íntima y expansiva.

Es así como ahora, transcurridos 15 años desde la inauguración de “Espacio - Tiempo” y con motivo de la celebración de los 25 años de vida de la Galería Gabriela Mistral, se me ha extendido una nueva invitación para organizar una muestra que ofrezca –desde la particular misión de esta galería– un panorama de la actividad artística desarrollada en nuestro medio durante la primera década del nuevo milenio.

La presente exposición, titulada “Diane van Deren”, constituye la respuesta a dicho encargo. Concebida como una reformulación de las coordenadas articuladas previamente en “Espacio – Tiempo”, esta muestra está imbuida y determinada por todos los escenarios antes descritos. Confluyen aquí, además, una serie de pulsiones y tensiones que a mi juicio resultan representativas tanto de las circunstancias generales como del quehacer artístico de la década que se me ha encomendado revisar.

Ciertamente, está de más señalar que en todo orden de cosas, entre el 2000 y el 2010 corrió muchísima agua bajo el puente. Durante ese período el mundo entero experimentó una avalancha de transformaciones radicales que hicieron que el campo local, regional y global de las artes visuales dejase de ser aquel en el que mi generación se formó.

En términos generales podríamos afirmar que, en el último tiempo, grandes tópicos como las relaciones interpersonales, la circulación de imágenes, la deconstrucción de las identidades culturales o las nociones de lo público y lo privado, se han visto intensamente determinados por fenómenos como las migraciones masivas o la proliferación de internet, todo lo cual a su vez ha repercutido con gran fuerza en las artes visuales.

Ahora bien, la década 2000-2010 fue también el inicio de una nueva dinámica de circulación internacional de artistas locales (y sus obras), la cual hasta ese momento se había limitado en nuestro medio sólo a algunas excepciones, a casos más bien aislados y esporádicos. A partir de entonces, ha sido posible percibir en los artistas una mayor desenvoltura no sólo respecto

¹ Exposición Espacio – Tiempo. Galería Gabriela Mistral, Santiago, Chile. Del 15 de noviembre al 20 de diciembre del 2000. Obras de Magdalena Atria, Juan Céspedes, Josefina Guillastri, Ignacio Gurmucio, Aura

Kappes, Félix Lazo, Matilde Pérez, Amparo Prieto, Juan Diego Santa Cruz, Cristián Silva y Joe Villalbana.

de la posibilidad de viajar y exponer su obra, sino también de establecer alianzas y redes internacionales de colaboración; incluso de estudiar, trabajar y radicarse en el extranjero (en mi caso, durante esa década tuve la oportunidad de vivir y desarrollar mi trabajo en la ciudad de Guadalajara, México).

La selección de artistas presentes en esta exposición pretende dar cuenta también de esa realidad. Por un lado, participan las propuestas de cuatro artistas chilenas, cuya obra he seguido a lo largo de sus carreras con gran atención, y quienes también han sido parte de esta “diáspora” de artistas locales hacia el extranjero (participando en todo tipo de residencias y en algunos casos estudiando y trabajando desde hace muchos años en el hemisferio norte). Y por el otro, he convocado a un grupo de colegas mexicanos de vasta presencia internacional, con quienes –más allá de la amistad y la complicidad artística– he tenido el privilegio de compartir numerosas experiencias profesionales y académicas.

Podría afirmarse que esta exposición es el resultado tanto de una necesidad y una reflexión personal, como también de una sincronía colectiva. Las obras exhibidas, de alguna manera, parecen alinearse con el caso Diane Van Deren², abordando desde múltiples enfoques las problemáticas del espacio, el tiempo y la memoria. A través de juegos de proporciones, materialidades, desplazamientos y reflejos, contradicciones y equívocos, silencio y estruendo, lleno y vacío, estos trabajos nos invitan a explorar la borrosa y vibrante zona ubicada a medio camino entre lo científico, lo emocional, lo existencial y lo social.

En ese sentido, la figura de Diane van Deren opera como una metáfora –casi una alegoría– de nuestra labor como artistas. En su inagotable intento por superar conflictos de pérdida y de obstrucción, van Deren no sólo evoca a personajes de la mitología griega, sino que encuentra equivalencias con ciertos superhéroes trágicos de las historietas contemporáneas (Hulk, X-Men, Watchmen), quienes al igual que ella parecen ser tan vulnerables como indestructibles: poderes inusuales que surgen de una casualidad, un accidente o un evento traumático, y que son padecidos como una condena contradictoria, una ventaja que es simultáneamente una maldición.

Todas las obras presentes en esta exposición fueron concebidas por sus autores como la encarnación de sus reflexiones, de sus obsesiones, como parte de la búsqueda de todo aquello que les fascina e intriga, tanteando intuitivamente desde la imagen y desde la materia. Desde los íntimos dibujos meditativos de Johanna Unzueta hasta el espástico video de Fernando Palomar, este conjunto de obras propone universalidad simple y a la vez sofisticada, una invitación a replantearnos nuestras propias nociones de espacio-tiempo y su incidencia en nuestra vida afectiva.

² Diane Van Deren es el nombre de una deportista estadounidense quien, a fines de la década de los 90 y con el propósito de mitigar un progresivo cuadro de epilepsia, debió ser sometida a una LTD (lobectomía del lóbulo temporal derecho). La intervención cumplió exitosamente con su objetivo, pero trajo consigo una disminución casi

absoluta de su memoria de corto plazo y una significativa merma en su campo visual, capacidad de organización, medición del tiempo y percepción del espacio. Paradójicamente, ese mismo estado le ha permitido durante la última década convertirse en la más destacada ultramaratonista a nivel mundial, pudiendo cubrir grandes

distancias, corriendo a veces día y noche, sin dormir ni sentir cansancio mental ni fatiga. Para bien o para mal, en palabras de su médico la condición de Diane van Deren “le ayuda solamente cuando está corriendo; no así para el resto de su vida”.

TRAIL MIX | Si pudiésemos mencionar algún eje medular en torno al cual giran las propuestas en esta exposición, ese eje sería sin duda *la memoria*. Sin embargo, es desde la oblicuidad de estas obras que se ha buscado ampliar el enfoque con el que el tema de la memoria ha sido abordado últimamente en el contexto de las artes visuales chilenas: bien podría afirmarse que en nuestro país ésta ha sido prácticamente monopolizada por la historia política reciente. En el arte chileno, cuando los asuntos de la memoria no son planteados desde su acepción sociopolítica o ideológica, lo son desde una perspectiva nostálgica, y es uno de los propósitos del presente conjunto de obras sugerir la posibilidad de otras rutas, ojalá equivalentemente sensibles y pertinentes.

En el caso de Francisca Sánchez y de Alejandra Prieto, es posible establecer una correspondencia entre sus obras y las nociones de *territorio*, ya sea desde su dimensión física -superficie, relieve, materia prima- hasta las implicancias más geopolíticas del término.

Durante los últimos años, Alejandra Prieto (Santiago, 1980), se ha enfocado consistentemente en el comportamiento y transformación simbólica de la materia: a partir de operaciones pre, post y pseudoindustriales (muchas veces de naturaleza reiterativa), sus videos, objetos e instalaciones constituyen sofisticadas puestas en abismo, a la vez que silentes portadoras de información encriptada. En esta ocasión presenta tres perturbadores objetos escultóricos tallados meticulosamente en carbón mineral, uno de los cuales reproduce en alto relieve un detalle de la emblemática pintura de José Gil de Castro titulada “Ramón Martínez de Luco y Cabrera, y su hijo José Fabián”.

Por otro lado, y fundamentalmente abocada al estudio de los volúmenes en el espacio, toda la obra de Francisca Sánchez (Santiago, 1975), parece estar atravesada por el metódico –y a veces obsesivo– análisis de ciertas problemáticas específicas de la escultura. Es frecuente encontrarse en su trabajo con el diseño de modelos, sistemas o mecanismos a través de los cuales la artista altera las escalas y destruye impredeciblemente los engranajes del cuerpo y del paisaje (algo así como las fisuras de una *memoria muscular arqueológica*). Verdaderos acertijos tridimensionales en los que indistintamente se superponen elementos atmosféricos, climáticos, geológicos o matemáticos, los trabajos de Francisca Sánchez plantean un vasto inventario de manipulaciones destinadas a generar un desconcierto –o una decepción– ojalá trascendente.

Caracterizado por un cuerpo de obra estilísticamente tan ambiguo como ecléctico, Fernando Palomar (Guadalajara, 1967) pertenece a una generación reciente de artistas visuales mexicanos cuya formación proviene más de la arquitectura, las comunicaciones o la música, que de las Bellas Artes. En el caso de Palomar, su peculiar trabajo se distingue también por un tono de gentil irreverencia y ambivalente transgresión a las tradiciones; siempre desde un humor soterrado,

en sus piezas nos podemos encontrar tanto con las minucias de su vida personal cotidiana, como con guiños a la gran historia de la civilización humana.

Las cuatro piezas que Fernando Palomar presenta en esta ocasión podrían considerarse, casi literalmente, “productos culturales de la burguesía de Occidente”: la re-fotografía de las páginas de un libro abierto, un mural con el logotipo “vacío” de un sello alemán de música docta, dos pequeños fragmentos de una película pornográfica escandinava, y un video en el que el autor, sentado a la batería frente a una dramática puesta de sol, intenta –algo torpemente– enfatizar los movimientos de una sinfonía de Mozart.

Nacidos ambos en 1974, Johanna Unzueta y Jose Dávila comparten, además de la misma generación, una especial predilección por la pureza formal y una cierto grado de austerioridad en el lenguaje: es usual que sus propuestas estén conformadas por gestos limpios, categóricos y rotundos, aunque también por una fuerte carga emocional subyacente.

Íntimamente conmovida desde hace varios años por el legado de la investigadora suiza Emma Kunz, la obra reciente de Johanna Unzueta ha ido decantando gradualmente desde un discurso político-coyuntural hacia una práctica más universal, mística si se quiere, en la que cada una de sus piezas ha pasado a formar parte de un organismo contemplativo, meditabundo y ceremonial. Materialmente, su obra también ha registrado una progresiva transición desde la tridimensionalidad hacia la bidimensionalidad, principalmente a través del dibujo y el video: en esta ocasión Unzueta ha reunido de su producción reciente algunos de sus característicos objetos en fieltro, como también una pequeña pieza en video y una serie de dibujos inéditos.

Oscilando entre lo orgánico y lo geométrico, entre lo erudito y lo popular, entre lo calculado y lo azaroso, la obra de Jose Dávila se ha distinguido por revisar exhaustivamente las fricciones modernas entre las artes visuales, la arquitectura y el diseño. Intrigado principalmente por la noción de descalce, Dávila se ha encargado en años recientes de habilitar un laboratorio de experimentación, investigación y producción desde el cual ha explorado la naturaleza transitoria de las estructuras físicas. A veces a partir de señales diminutas y otras veces por medio de grandes movimientos, sus obras se proponen transmitir los misterios de la condición humana, en toda su inestabilidad, precariedad y grandeza.

Augusto Marban (Guadalajara, 1981), es el más joven de los artistas participantes, y probablemente uno de los estudiantes más imaginativos, sensibles y productivos que me ha tocado guiar. En su trabajo usualmente convergen la observación cuidadosa de la realidad y una singular deconstrucción de las emociones humanas. Aunque en la actualidad se encuentra parcialmente

retirado de la actividad artística profesional, sus dos obras presentes en esta exposición comparten la inclinación por aproximarse a asuntos espirituales tomando como punto de origen instancias sencillas y familiares: en el performance “Trampa para Tigres”, una muchacha permanece acostada durante todo el transcurso de la exposición, inmóvil y en silencio, cubierta por una delicada y tornasolada tela púrpura. Por otro lado, en un video del año 2003, un enigmático inmigrante argelino le habla directo a la cámara y explica rudimentariamente cómo, a su juicio, la noción de “cero” es el principal aporte de la cultura árabe a la humanidad.

Livia Marín (Santiago, 1973), y Gonzalo Lebrija (Ciudad de México, 1972), son dos artistas para quienes el tiempo -y su suspensión- constituye una constante fuente de reflexiones. Tangencialmente vinculadas con el surrealismo (desde lo metafísico, su dimensión onírica o la materialización ilusionista de *lo imposible*), a lo largo de los años sus obras han logrado hacernos partícipes de todo tipo de caprichos de su imaginación.

Para Livia Marín, las nociones de pausa, de espera o de degradación -también relacionadas con el tiempo- parecen teñir todas sus propuestas: en ese sentido, sus dos elegantes contribuciones a esta exposición nos ubican en la esfera de lo ominoso (ya sea con su pieza de porcelana aparentemente derritiéndose con suavidad, ya sea con su depósito de lánguidas herramientas aparentemente reconstruidas por su memoria), encontrándonos en ambos casos con objetos cotidianos transformados en vehículos de lo desconocido.

También siempre muy atento al refinamiento formal, Gonzalo Lebrija ha construido un original cuerpo de obra, lleno de constantes pero al mismo tiempo pleno de sorpresas, o mejor dicho, de *puntos de inflexión*; usualmente celebratorias de la vida, las piezas de Lebrija también acarrean una inmutable conciencia de la muerte.

En las agujas de su modesto reloj de pared (elaboradas con espigas de una rústica escoba mexicana, y cuya hora corresponderá siempre a la hora de México, donde quiera que se presente), al igual que en los libros que vuelan libremente por el cielo e inmediatamente después son despedazados por sus balas (*Who Knows Where Time Goes*, 2013), están contenidas algunas de las fuerzas perennes que gobiernan su práctica (rebeldía, emancipación, crisis, resignación). Desde sus dominios vernaculares, en los que conviven armoniosamente el pasado, el futuro, el goce y el sufrimiento, Gonzalo Lebrija nos invita a correr incansablemente hacia el horizonte: a través de una florida pradera, un campo sembrado, un oscuro bosque, una planicie nevada, o cruzando las interminables dunas de un desierto.

CRISTIÁN SILVA
CURADOR

LONG LIVE THE FREE THINKERS |

From 28 May to 30 June, Galería Gabriela Mistral will be home to the exhibition *Diane Van Deren*. For this show, the artist and curator Cristián Silva has selected works by four Chilean artists —Johanna Unzueta, Alejandra Prieto, Francisca Sánchez and Livia Marín— and four Mexican artists —Jose Dávila, Gonzalo Lebrija, Augusto Marban and Fernando Palomar.

In light of the celebration of the gallery's twenty-fifth anniversary, we asked Cristián to assemble an exhibition that might reflect some of the artistic inquiries or quests that might be said to characterize the decade between 2000 and 2010. We wanted to take a look back on the trajectory of our gallery through the many exhibitions that have been held here.

From my perspective, these past twenty-five years are a true reflection of what occurs when there exists a shared narrative, a sense of roots, and a successful relationship of generous and empathetic exchange between the arts community, civil society and government.

It is thanks to the Chilean government that we may enjoy and use this space dedicated to the exhibition, dissemination and research of contemporary visual arts in Chile. Our government has provided the funds and maintained

the policies that have ensured the existence of this gallery for the twenty-five year milestone that Galería Gabriela Mistral now celebrates in 2015.

This contribution of the state, though essential, is only one of many elements that have comprised the formula behind our success. Without the support of our visual artists, who believed in this space and in the possibility of building a long-term relationship with it, we never could have prospered as we have. Their generosity has enabled us to unite so many works of incalculable value and, moreover, to collaboratively produce exhibitions that otherwise would never have come to fruition in this governmental space.

It should remain clear to everyone that the gallery is not just a space for exhibiting contemporary art: it is also a place for reflecting the political, social, and most of all, artistic transformations that have taken place over the years. We consider ourselves very fortunate to have been able to support our artists' research, to bear witness to their creativity and freedom, and to admire their creative manifestations as well as the doubts and transgressions inherent to the very language of the visual arts. It is worth recalling that all of this has occurred within the walls of an institution belonging to the government.

Galería Gabriela Mistral came of age in an era imbued with the spirit of transition from dictatorship to democracy. The “artistic objects” exhibited here dialogue with one another and with the gallery’s visitors, but also with the works that have been shown here before, the memory of the gallery itself and, of course, the memory of our country.

FLORENCIA LOEWENTHAL
Director

TIMELINE | My memories of childhood are few and somewhat vague. One of the scenes, however, that is etched in my mind's eye has to do with the trips I made with my family to see my sister Verónica in the late seventies, when she lived in exile in the outskirts of Paris, while I and part of my family lived in a small town in central Holland.

The destination of our trip, which took several hours in my father's tiny car, was a suburb called Anthony, where my sister, her partner and their friends lived in a housing block for immigrants from all over the world, many of them political refugees.

Ever since then I have held on to the memory of what, at that time, was celebrated as a miraculous occurrence: the times when a neighborhood public phone in the neighborhood would be dismantled and people could make

long-distance phone calls free of charge. The good news always spread quickly by word of mouth, and the image of the booth and the spectacle of that long line of people, of all races, ages and dispositions, whispering away in every language imaginable, patiently waiting their turn often until late into the night, was as disturbing as it was touching.

At some point during my childhood I, too, waited on that line; probably on my parents' urging, in a desire to instill in me some sense of belonging, to help shrink the thousands of kilometers that separated us from our family in Chile into a few small centimeters. This memory resurfaced in 2000, when I was invited to participate in a group exhibition at a museum in Paris. I proposed to the curator that we take advantage of the geographical coincidence by attempting to recreate a situation similar to the one described above. The idea was that somewhere in the outskirts of Paris we would install a rigged public telephone from which people could make free international calls, and we would advertise the situation with flyers posted on the streets. The passersby could use the phone as much as they wanted, with one condition: their conversations would be broadcast, at a low volume, via loudspeakers located inside the museum.

Nothing ever came of the proposal—among other reasons, because of its practical obsolescence. I hadn't realized that by then in Europe, telephone service had progressed by leaps and bounds and, moreover, the Internet was fully operational.

In any event, in late 2000 I was invited to curate a group exhibition at Galería Gabriela Mistral, and the premise of project I conceived was no doubt, influenced by this same idea. Or more specifically, by my realization that this modest episode of the "dismantled" public telephone revealed a number of issues, quite varied, that I came to regard—and continue to regard—as essential to my activity as an artist: the random intersection of notions of affection, adversity, chance, displacement, alienation, fragility, ideology, uncertainty, ingenuity, magic and migration.

On that occasion, the exhibition was titled *Espacio-Tiempo*¹ (Space-time), and the goal of the participating artists was to use the broadest range possible of devices and procedures to mobilize forces great and small, activate a transcendent dimension of the everyday and forge a poetic of the domestic that was at once intimate and expansive.

And so, fifteen years after the inauguration of *Espacio-Tiempo*, as part of the celebration of Galería Gabriela Mistral's twenty-fifth

birthday, I have been invited to organize another show, one that offers, from the specific mission of this gallery, a panoramic view of artistic activity undertaken in our milieu during the first decade of the new millennium.

The present exhibition, entitled *Diane Van Deren*, constitutes my response to this commission. Conceived as a reformulation of the coordinates previously articulated in *Espacio-Tiempo*, this show is imbued with and defined by all the scenarios previously described. A number of additional tensions and forces come together in this show, as well, and to my mind they feel representative of some general circumstances as well as the artistic practices that were unfolding in the decade I was asked to reflect upon with the show.

Of course, it goes almost without saying that in all order of things, between 2000 and 2010 a lot of water was running under the bridge. During that time the entire world experienced such an overwhelming amount of radical transformation that the visual arts—locally, regionally and globally—were no longer what they had been when my generation was learning them.

In general terms I believe it is safe to say that, in recent times, major topics such as interpersonal relations, image circulation, the deconstruction of cultural identities, and notions of the public and the

¹*Espacio-Tiempo* (Space-Time). Exhibition, Galería Gabriela Mistral, Santiago, Chile. 15 November – 20 December 2000. Works by Magdalena Atria, Juan Céspedes, Josefina

Guilisasti, Ignacio Gumucio, Aura Kappes, Félix Lazo, Matilde Pérez, Amparo Prieto, Juan Diego Santa Cruz, Cristián Silva and Joe Villalbánca.

private have been intensely reshaped by phenomena such as mass migration and the proliferation of the Internet; these changes, in turn, have made themselves felt in the visual arts.

The decade between 2000 and 2010 also marked the start of a new dynamic, that of the international circulation of our artists and their work. Until then this type of exposure had been limited to a very few exceptional, sporadic and isolated cases. During this decade, we began to see Chilean artists start to circulate with much more confidence and ease. Now, not only did they have more opportunities to travel and exhibit their work, but also they began to forge alliances and cultivate international networks of collaboration. Suddenly many were studying, working and living in foreign countries. In my case, for example, it was during that decade that I had the chance to live and develop my art practice in the city of Guadalajara, Mexico.

The selection of artists participating in this exhibition aims to reflect this reality, as well. On the one hand, the show features the proposals of four Chilean artists whose professional trajectories I have followed closely and who have also been part of this diaspora of local artists abroad, participating in all types of residences and in some cases

²Diane Van Deren is the name of a US athlete who, in the late 1990s, in an effort to stanch the effects of a progressive form of epilepsy, agreed to undergo a right temporal lobectomy. The surgery was successful, but brought with it an almost total elimination of her short-term memory and a significant

studying and working for many years in the northern hemisphere. Then, as a counterpoint, I have invited a group of Mexican artists who enjoy a vast international presence, with whom I have had the privilege of sharing many academic and professional experiences, in addition to friendship and artistic complicity.

This exhibition might be described as the result of a personal reflection and need as well as a collective synchrony. The exhibited works, in some way, seem to come together under the figure of Diane Van Deren², confronting from multiple perspectives the issues of space, time and memory. Through games of proportion, materiality, displacement and reflection, contradiction and error, silence and thunder, fullness and void, these works invite us to explore the blurry yet vibrant zone located somewhere between the scientific, the emotional, the existential and the social.

In this sense, the figure of Diane Van Deren functions as a metaphor and maybe even an allegory, for our work as artists. In her tireless effort to overcome conflicts of loss and obstruction, Van Deren evokes not only certain figures from Greek mythology, but some tragic superheroes from contemporary comics as well, such as the Hulk, the X-Men, the Watchmen. Just like her, they seem both vulnerable and indestructible,

possessing unusual powers granted by happenstance, an accident or a traumatic event, and they suffer from them as one might suffer from a paradoxical kind of abomination, an advantage that is also a curse.

All the works featured in this exhibition were conceived by their creators as the incarnation of their reflections, their obsessions, as part of the search for everything that fascinates and intrigues them, exploring everything intuitively from image and from matter. From Johanna Unzueta's intimate, meditative drawings to the Fernando Palomar's spastic video, this collection of works proposes a simple yet sophisticated universality and is an invitation for us to reconsider our own notions of space-time and its effect upon our emotional lives.

TRAIL MIX | If I had to identify one central axis around which all the works in this exhibition rotate, that axis would clearly be *memory*. Yet it is the obliqueness of these works that ultimately deepens the way in which memory has been dealt with in the context of the visual arts in Chile in recent years. It would not be an exaggeration to state that in our country, memory has been virtually monopolized by recent political history. When Chilean artists do not raise the issue of memory from a sociopolitical or ideological

mes, feeling neither mental nor physical fatigue. For better or for worse, in the words of her doctor, Diane Van Deren's condition "helps her only when she's running, not in any other aspect of her life."

perspective, they do so from a place of nostalgia, and one of the aims of the present collection of works is to suggest the possibility of other paths, hopefully ones that are equally insightful and relevant. It is not difficult, for example, to establish a link between the work of Francisca Sánchez and Alejandra Prieto in terms of their notions of territory, whether from the vantage point of its physical dimension —surface, relief, raw materials— or the term's more geopolitical implications. Over the past several years, Alejandra Prieto (Santiago, 1980) has consistently focused on the behavior and symbolic transformation of material: through pre-, post- and pseudo-industrial operations (often of a quite reiterative nature), her videos, objects and installations are sophisticated stagings that teeter over the abyss, as silent bearers of encrypted information. On this occasion she presents three disturbing sculptural objects carved meticulously in coal; one of these works produces in high relief a detail of José Gil de Castro's emblematic painting entitled *Ramón Martínez de Luco y Cabrera, y su hijo José Fabián*.

In contrast, the entire oeuvre of Francisca Sánchez has been dedicated to the study of volumes in space. Sánchez seems to be possessed by the methodical (and perhaps obsessive) analysis of certain issues that are specific

to sculpture. Her work often features the design of models, systems or mechanisms through which she alters the scales and deconstructs, in surprising ways, the mechanisms of the body and landscape, something like the fissures of an archaeological *muscle memory*. These are true three-dimensional riddles in which Sánchez interchangeably superimposes atmospheric, climatic, geological or mathematical elements, producing works that propose a massive inventory of manipulations aimed at generating a sense of bewilderment —and maybe even disillusionment— that is hopefully transcendent, too.

Known for a body of work that is stylistically as ambiguous as it is eclectic, Fernando Palomar (Guadalajara, 1967) belongs to a new generation of Mexican visual artists with academic backgrounds in architecture, communication, and music rather than fine arts. In the case of Palomar, his unusual work is also distinguished by a tone of polite irreverence and ambivalent transgression of tradition. Always with an undercurrent of humor, his pieces reveal both the minutia of his everyday life as well as references to the great history of human civilization.

The four pieces by Fernando Palomar in this exhibition could be considered, almost literally,

to be “cultural products from the Western bourgeoisie:” the re-photography of the pages of an open book, a mural with the “empty” logo of a German classical music publisher, two small fragments of a Scandinavian porno film, and a video in which the artist sits before a set of drums in front of a dramatic sunset and attempts, rather clumsily, to emphasize the movements of a Mozart symphony.

In addition to belonging to the same generation —both were born in 1974— Johanna Unzueta and Jose Dávila share a special predilection for a purity of form and a certain degree of austerity in the language they use: they tend to use clean, categorical and emphatic gestures in their artistic proposals, which also carry a powerful underlying emotional weight.

Deeply moved by the legacy of the Swiss researcher Emma Kunz, for several years the work of Johanna Unzueta has gradually evolved from a discourse revolving around current events and politics toward a more universal, even mystical practice, in which each of her pieces has come to form part of a contemplative, meditative, and ceremonial organism. Materially speaking, her work has also shown a progressive transition from three- to two-dimensionality, mainly through drawing and video. On this occasion Unzueta has brought together from her recent work some of her characteristic felt objects, as

well as a small video piece and a series of new drawings.

Somewhere between the organic and the geometric, the erudite and the popular, the calculated and the random, the work of Jose Dávila notably offers an exhaustive examination of the contemporary frictions that exist in the visual arts, architecture, and design. Fascinated mainly by the notion of how things fit and do not fit together, Dávila in recent years has assembled a laboratory for experimentation, research and production from which he has explored the transitory nature of physical structures. At times through small signs and other times through large movements, his works aim to communicate the mysteries of the human condition, in all its instability, precariousness, and grandeur.

Augusto Marban (Guadalajara, 1981) is the youngest of the artists participating in this exhibition, and probably one of the most imaginative, sensitive and productive students I have had the fortune to mentor. In his work we frequently witness the convergence of careful observations of reality and singular deconstructions of human emotions. Though at present he is partly retired from professional artistic activity, his two works in this exhibition reveal a desire to explore spiritual matters by using simple, familiar instances as their starting points: in the performance *Trampa para Tigres* (Trap for Tigers), a

young woman remains lying, motionless and silent, for the duration of the exhibition, covered by a delicate, iridescent purple fabric. Then, in a video from 2003, an enigmatic Algerian immigrant speaks directly to the camera and simplistically explains how, in his opinion, the notion of “zero” is Arab culture’s most important contribution to humanity.

Livia Marín (Santiago, 1973) and Gonzalo Lebrija (Mexico City, 1972) are two artists for whom time and its suspension constitute a never-ending source of reflection. Tangentially linked to Surrealism (from the metaphysical, its oneiric dimension, or the illusionist materialization of the impossible), her works have invited us to participate in all sorts of imaginative whims throughout the years.

All of Livia Marín’s work seems to be touched by the notions of pause, waiting, or degradation, all of which are related to time. In that light, her two elegant contributions to this exhibition bring us to the sphere of the ominous: a porcelain piece that seems to be slowly and gently melting and her repository of languid tools apparently reconstructed from memory. In both cases the artist uses everyday objects and transforms them into vehicles of the unknown. Equally conscious of paying close attention to formal refinement, Gonzalo Lebrija has built an

original oeuvre filled with constants as well as surprises or, perhaps better put, *points of inflection*. Often celebrating life, his pieces nonetheless also reveal an immutable awareness of death. In the hands of his modest wall clock, created with the dowel of a rustic Mexican broom and always set to Mexican time no matter where it is hung, and in the books that freely fly across the sky only to be summarily destroyed with bullets (in *Who Knows Where Time Goes*, 2013), we find some of the perennial forces that govern Lebrija’s practice: rebellion, emancipation, crisis, resignation. From his vernacular domains, in which past, future, pleasure and suffering harmoniously coexist, Gonzalo Lebrija invites us to journey tirelessly toward the horizon: through a blooming meadow, a sown field, a dark forest, a snowy plain, or traversing the endless dunes of a desert.

CRISTIÁN SILVA
Curator

DIANE VAN DEREN

Publicación a cargo de
Florencia Loewenthal
Curador y Textos
Cristián Silva
Artistas
Jose Dávila
Gonzalo Lebría
Augusto Marban
Livia Marín
Fernando Palomar
Alejandra Prieto
Francisca Sánchez
Johanna Unzueta
Diseño Colección
y Dirección de Arte
Pozo Marcic Ensamble
Fotografías
Rodrigo Maulen
Traducción
Kristina Cordero
Impresión
Ograma
Tiraje 800 ejemplares

Los textos contenidos en el presente catálogo no representan necesariamente la opinión de esta institución.

GALERIA GABRIELA MISTRAL

Directora
Florencia Loewenthal
Encargada Colección
Ximena Pezoa
Producción y Montaje
de la Exposición
Alonso Duarte

© Consejo Nacional
de la Cultura y las Artes
Registro de Propiedad Intelectual
Nº 266882
ISBN 978-956-352-160-3
www.cultura.gob.cl
2015 — Impreso en Chile

Se autoriza la reproducción parcial
citando la fuente correspondiente.

**CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA
Y LAS ARTES**

Ministro Presidente del Consejo
Nacional de la Cultura y las Artes
Ernesto Ottone
Subdirectora Nacional del Consejo
Nacional de la Cultura y las Artes
Lilia Concha
Jefe de Departamento
de Fomento de las Artes
e Industrias Creativas
Ignacio Aliaga

**Gabriela Mistral**

GALERÍA DE ARTE CONTEMPORÁNEO



Gabriela Mistral

GALERÍA DE ARTE CONTEMPORÁNEO

